

Milly y C.J se encaminaban a través de los frondosos árboles hacia el bosque. Era de noche, la luna, envuelta en un círculo de plata, brillaba más que nunca. Aunque el cielo estaba decorado con lúcidas estrellas diminutas, les era muy difícil ver por dónde se encaminaban.

Las hojas de los árboles otoñales crujían bajo sus pies, y a lo lejos, la pobre CJ creía oír los suaves cantos de los búhos.

El caserón encantado aún no se veía, pero ambas presentían que estaban cerca.

-Creo que no hacemos bien en venir aquí...-decía CJ atemorizada.

-Tonterías. Venir a esta casa de día no mola, lo mejor es de noche, ya verás CJ, cuando los demás se enteren de lo que hemos hecho...-decía Milly con los ojos brillando de la ilusión.

El caserón de las montañas, así era como llamaban a aquella morada vieja y arruinada desde hacía años. Se encontraba al pie de varias colinas, al lado de un gran lago de aguas cristalinas. La casa había pertenecido a Lord Henry Jones, un político conocido de Inglaterra que veraneaba en las costas de Escocia. Su propietario murió hace unos 20 años por causas desconocidas.

CJ temblaba de miedo, aunque ella decía una y otra vez que tan sólo era el frío.

El cric-cric de los grillos se alejaba más de ellas, y los árboles iban haciéndose a un lado hasta que ambas pudieron alcanzar el caserón abandonado.

Corroída por el tiempo y el desgaste, todo el mundo recordaba como antaño había sido la casa más hermosa de aquel pueblo escocés perdido entre la neblina y la mar. Antes había sido de paredes altas, gruesas y rojas; pero ahora estaba cubierta de grietas y enredadera que se alzaba hasta el tejado.

Las ventanas estaban cubiertas de polvo y la puerta de madera ya no conservaba el brillo y el color de hacía 20 años. La fuente de piedra que había frente a la casa aún era hermosa, y aunque estaba sucia y vieja, todavía podía verse la forma de un ángel que te contemplaba con ojos impasibles mientras bebías de su agua.

La sensación de encontrarse frente a aquella casa deshabitada, sucia y encantada era espeluznante.

El caserón, de varios metros de alto, y cuyo techo acababa en una fina aguja metalizada, se alzaba ante Milly y CJ de forma incontrolada.

La intensidad de la luz disminuía por momentos. El manto de neblinosas nubes cubría la luna, blanca y brillante, una gran esfera en medio de un océano de estrellas.

-Es precioso...-dijo Milly en voz muy suave, como si temiera que el sonido de su voz pudiera romper el encantamiento que rodeaba la casa de lord Jones.

Con pasos lentos, CJ se dirigía a la fuente del ángel.

-Es extraño que el ángel siga intacto. Quiero decir, Milly, han pasado muchos años, todo lo demás está destrozado, pero este ángel...

De pronto, CJ creyó ver una sombra de vida y luz en los ojos del ángel.

Imaginaciones mías...-se dijo CJ a si misma dándose la vuelta.

Se unió a Milly y juntas entraron en la casa.

Estaba todo cubierto por un manto de polvo, la oscuridad reinaba en cada sala y el ambiente estaba muy cargado.

Milly a duras penas podía respirar, pero no iba a dejar que la pinta de aquella casa la atemorizara.

CJ de mientras estaba en la habitación contigua. Había un gran sofá en el centro de la sala. Una pequeña mesita de madera destrozada con una lámpara de aceite sobre ella.

Las cortinas estaban rasgadas y en el suelo. Pero aquello no fue lo que más impactó a

CJ, porque al momento vio una sustancia roja en el suelo, reseca y antigua.

-Sangre....-dijo Milly a sus espaldas.

Ambas no supieron como reaccionar. El hecho de encontrarse sangre reseca en una casa que no había sido habitada desde hacía años era desgarrador.

-Puede que sea de algún crío que vino aquí-dijo Milly intentando calmar a CJ.

¿Y qué hay de las cortinas rasgadas? Y....todo esto...-dijo CJ señalando los muebles rotos esparcidos por el suelo-no es normal. Milly, ahora sí que hablo en serio. Vámonos de aquí.

-No te rajes ahora-le dijo Milly dirigiéndose a las escaleras que daban a la parte de arriba.

Los tablones de madera crujían tras sus pasos, y el pasamanos estaba cubierto de polvo.

En la planta de arriba había dos habitaciones y una librería.

La habitación más grande tenía una cama de matrimonio y apenas muebles.

-La gente tiene las manos muy largas-dijo Milly pensando que habían aprovechado la soledad de la casa para llevarse los muebles.

CJ aún seguía inquieta. No sólo por los restos de sangre o por el misterio y terror que envolvía la casa, sino por la estatua del ángel de piedra que estaba en la fuente.

Aunque sólo había sido un segundo, notó un brillo en aquellos ojos oscuros.

Aquellos sucesos se le estaban escapando de las manos....

-Nos vamos-dijo CJ zanjando el tema.

Milly la contempló unos segundos y luego dijo:

-De acuerdo...pero volvemos mañana.

-¡Ni hablar! Vendrás tú, yo no vengo a este viejo caserón ni aunque me paguen-decía CJ bajando las escaleras.

-Cagueta...-le dijo Milly divertida posando su mano sobre el dorado picaporte.

Tiró de la puerta bruscamente, hacia dentro y hacia fuera, intentando salir.

-No puedo, se ha encallado.

-Déjame a mí-dijo CJ intentándolo en vano.

Salir de aquella casa les estaba siendo extremadamente difícil. Poco tardarían en averiguar que, una vez que entras, no puedes salir.

-Esto no está pasando. Solo ocurre en las películas y en los libros-dijo CJ caminando deprisa y desesperadamente.

De pronto vieron algo que les heló la sangre y que antes no habían visto.

-Marcas de uñas...-dijo Milly- Alguien ha desgarrado la pared con las uñas.

-Desde luego, algo muy terrorífico le debía estar pasando al que esta a aquí-le contestó CJ.

Luego oyeron unas pisadas firmes y seguras. Algo...o alguien estaba bajando por las escaleras lentamente, haciendo temblar a Milly y CJ de miedo.

Y apareció en el salón un hombre de piel pálida, un elegante bigote negro y un traje de frac.

-Una vez que entráis, os atrapa. No hay salida, ése ángel...-dijo el desconocido mirando hacia la ventana en dirección a la fuente. Su voz era suave y tranquila, pero parecía haber miedo y tristeza tras aquellas palabras de advertencia.

-¡Usted! ¡Usted es el dueño de esta horrible casa!- gritó Milly horrorizada señalando con el dedo a Lord Jones.

Entretanto, CJ estaba atemorizada. Un sudor frío le recorría el rostro en forma de brillantes perlas. Estaba muy pálida y se había apoyado contra la pared, intentando retroceder aún más.

-¿Qué le ocurrió? ¿Qué...?-las palabras de Milly se vieron interrumpidas por un agudizante chillido. Les reventaba los tímpanos y hacia vibrar los cristales de las ventanas. Milly rasgaba el papel de la pared con las uñas, dejando su marca como muchas otras personas antes que ella.

-Ya es tarde para todo-dijo Lord Jones siendo inmune al chillido.

-Ése ángel...es el demonio. Estaba aquí cuando yo llegué. Al principio sólo oía susurros a mi oído, en voz muy suave. Luego comencé a ver sombras inciertas, y creía que todo era una mala pasada de mi mente. Pensé que me había vuelto loco. La gente pensó que esta casa estaba embrujada, y es cierto. Acabó conmigo, con mi vida, con la vida de otras personas, y ahora con la vuestra.

El chillido cesó, pero las dos niñas seguían tapándose los oídos y gritando de terror.

El cristal se rompió, dando paso a una figura tenebrosa.

El ángel ya no se encontraba en la fuente, y estaba cubierto por una gran capa negra.

Su rostro y su cuerpo seguían siendo de piedra. Pero en sus ojos había el brillo de vida que CJ había visto, pero en el fondo eran negros y oscuros como la noche.

Su mano fría y gris rozó el hombro de las niñas, haciéndoles más débiles, más gélidas...convirtiéndolas en piedra.

Todo había cesado. El agonizante chillido, la aparición del ángel y el latir del corazón de Milly y de CJ.

-Hasta cuándo durará esto...-dijo Lord Jones apenado.

-Hasta siempre-dijo el ángel vengador.